

LA KAKANIA INMORTAL

Por Juan García Ponce

“Provocar resurrecciones es uno de los fines del artista y uno de sus motivos más profundos.” Robert Musil no era afecto a nombrar lugares concretos, sino a hacerlos vivos por medio de la literatura a través de sus personajes, su ambiente, sus costumbres públicas y secretas. Mediante este sistema, por este sistema, en su gran novela *El hombre sin cualidades* está viva para siempre Viena, la antigua capital de la Imperial y Real Corona Austrohúngara que Musil, haciendo un magistral juego de palabras, llama Kakania, refiriéndose al doble carácter de la corona —Kaiserlich y Könerlich. La acción de *El hombre sin cualidades* ocurre un año antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, al final de la cual desaparecerían los llamados imperios centrales y Viena pasaría a ser simplemente la capital de Austria, una ciudad enorme y muy bella para una nación muy pequeña.

En uno de los capítulos de *El hombre sin cualidades*, con su corrosiva ironía, nacida de un profundo amor en el que se mezclan en igual medida la nostalgia y la precisión crítica, Musil afirma que la nación donde ocurre su novela desapareció por falta de nombre. Y en efecto, ¿qué nación podía ser esa en la que se hablaban más de veinte idiomas en la misma Cámara, donde todos los idiomas eran legales y correspondían a los países que formaban la Corona Imperial y Real, la corona de los Habsburgo, la más vieja dinastía de Europa, pero en la que el idioma oficial era el alemán, que sólo correspondía a una minoría austriaca? En ese capítulo Musil nos dice que los húngaros se sentían húngaros; que los checos, checos; que los rumanos, rumanos; que los serbios, serbios; que los croatas, croatas; que los búlgaros, búlgaros y así sucesivamente, mientras que los austriacos, cuya ciudad era la capital de esa Imperial y Real Corona, con un águila de dos cabezas como símbolo, un monstruo de prestigio pero un monstruo al fin y al cabo, no se sentían, al negarse a ser austriacos solamente por respeto al Imperio, absolutamente nada. Y ésta es la voluntad de Ulrich, el hombre sin cualidades: preservarse siendo nada mientras encuentra el camino que lo conduzca a ser todo. En otro de los capítulos, Clarisse le pregunta a su marido Walter, amigos ambos de Ulrich desde la infancia: “¿Qué es Ulrich, qué es un hombre sin cualidades?” y Walter le contesta: “Él no es nada, nada de nada.” Esta respuesta no está exenta de celos, rencor y voluntad de degradar a su amigo, quien a su vez no pierde oportunidad de tratar que su deseo por Clarisse sea correspondido. Pero

también es verdad. Asumiéndose profundamente, el hombre sin cualidades no es nada. Musil lo sabe al decirlo también de los austriacos en general, de los que Ulrich debería ser un ejemplar tan dotado que, manteniéndose en un voluntario estado de suspensión, hace que todas sus cualidades se conviertan en ninguna. Durante su visita al Conde Stallburg, un ministro al que su padre le suplica que vaya a ver para pedirle alguna recomendación porque desespera de que su hijo, matemático, ingeniero, filósofo, no sea nada, Ulrich comenta para sí mismo que, por su carácter de mera representación, ese mundo, en su mentira, es sorprendentemente verdadero, la misma representación lo hace ser al mostrar su vacío y, en cambio, cuando su prima Diotima le pregunta a Ulrich qué haría si fuese rey del mundo por un día y pudiese cumplir su deseo más intenso, la respuesta de Ulrich es definitiva: “Abolir la realidad”.

En el primer tomo que fue publicado de *El hombre sin cualidades*, libro destinado a ser una novela en dos tomos y del que, en vida de su autor, sólo se publicaron ese primer tomo y la mitad del segundo, y, póstumamente, las más de tres mil páginas que Musil escribió tratando de concluir esa novela sin llegar nunca a su término, la realidad central es la de Kakania en su capital, Viena, aunque jamás se le menciona por su nombre ni haya ninguna referencia a alguna calle o edificio concretos fuera del monumento a la Emperatriz María Teresa entre los dos museos principales de la ciudad. Para los protagonistas de esta novela, que su autor había construido perfectamente antes de que la aparición de Agathe, la hermana de Ulrich, cambiara todos sus planes y la convirtiera en una obra inconclusa cuyo final es la ausencia de final, todo se desarrolla en dos vertientes principales: el lado de Moosbrugger y el lado de la Acción Paralela.

Pero, Agathe, la hermana olvidada, la hermana gemela que no lo es en realidad, que se parece a su hermano, nos dice Musil, como una obra al pastel puede repetir a un grabado en metal, y que decide que son hermanos siameses porque al encontrarse en la casa donde transcurrió su infancia y en la que ahora yace el cadáver de su padre, como si los hermanos surgieran a la vida desde la muerte de su progenitor, están vestidos incluso de la misma manera con una especie de traje de Pierrot, lo transforma todo. Para el mismo Musil ya sólo importa el espacio de la pura fantasía donde transcurre su amor, ese espacio en el que desde el jardín soli-

tario de la casa de Ulrich en el que los dos hermanos conti-
núan sin término las "conversaciones sagradas" que inicia-
ran en su antigua casa, hablando de qué son y en qué puede
consistir su amor, ese amor que sería tan fácil realizar física-
mente, pero que no se realiza sino que convierte al mundo
en un lugar mágico en el que se unen la primavera y el otoño
y "los rayos de la luna aparecen en pleno día", y Kakania
deja de tener importancia. Sin embargo, vive en las páginas
de su novela y es a esas páginas a las que tenemos que vol-
vernos para encontrarla.

En 1926, o sea, cuatro años antes de que se publicara el
primer tomo de la novela, Musil le declara en una entrevista
a Oskar Maurus Fontana: "No he escrito una novela histó-
rica. Los hechos reales no me importan, me interesa el ca-
rácter fantasmagórico del suceder." Y también que el amor
entre los hermanos fracasaría, éstos se separarían y la novela
concluiría con el estallido de la Primera Guerra Mundial, por-
que "el absoluto no puede conservarse." Pero, si en el in-
tento de realizar ese absoluto, Musil destruiría incluso la rea-
lidad de su novela en tanto forma acabada, el carácter
"fantasmagórico del suceder" que transforma o revela me-
jor la naturaleza de cada acontecimiento en su novela sí se
conserva incluso en las dos vertientes que hacen visible a Ka-
kania antes de la aparición de Agathe e incluso cuando ella
se va a vivir a la casa de su hermano en Viena y es testigo
de una parte de la Acción Paralela durante la primera mitad
del que debería ser el segundo volumen.

Al contar la historia de Moosbrugger, el antiguo carpinte-
ro, vago y desempleado después, fuerte, tosco, pero con mie-
do a las mujeres, que siempre lo maltrataron, asesino de una
prostituta que lo persigue ofreciéndole su amor y de la que
no consigue desembarazarse más que matándola con el cu-
chillo que siempre lleva consigo para protegerse del mundo,
loco y extrañamente lúcido en sus pensamientos solitarios,
recluido en un manicomio desde que se le somete a juicio por
su crimen, que siempre desconcierta durante ese juicio con
la inteligencia de sus respuestas, por lo que la ley no puede
ponerse de acuerdo sobre si es responsable o irresponsable
de sí mismo y de sus actos, Musil nos dice que muchos de
los ciudadanos respetables de la capital no podían evitar de-
cirles a sus mujeres antes de dormir: "¿Y qué tal si yo fuese
un Moosbrugger?" Pero, de otra manera, a Musil también
le interesa Moosbrugger, no sólo porque su figura pone en
entredicho la ley al no permitir que ésta decida si es respon-
sable o no por su crimen, si está loco o cuerdo, sino también
porque en la novela se nos dice que "si la humanidad soñara
colectivamente, soñaría a Moosbrugger." Como es natural,
en la misma medida, Moosbrugger le interesa a Ulrich, el
alter ego de Musil y le interesa a Clarisse porque Ulrich le ha
dado como regalo de boda las obras completas de Nietzsche,
ella está fascinada con la figura del solitario de Sils Maria,
con sus ideas, hasta el grado de que le ha prohibido a su ma-
rido Walter interpretar al piano a Wagner y cuando éste lo
hace se niega a acostarse con él, está convencida, dado el fi-
nal de Nietzsche, de que en la locura hay un elemento me-
diante el que se realiza un poder creador y, por tanto, piensa
que incluso en tanto loco Moosbrugger puede ser también un

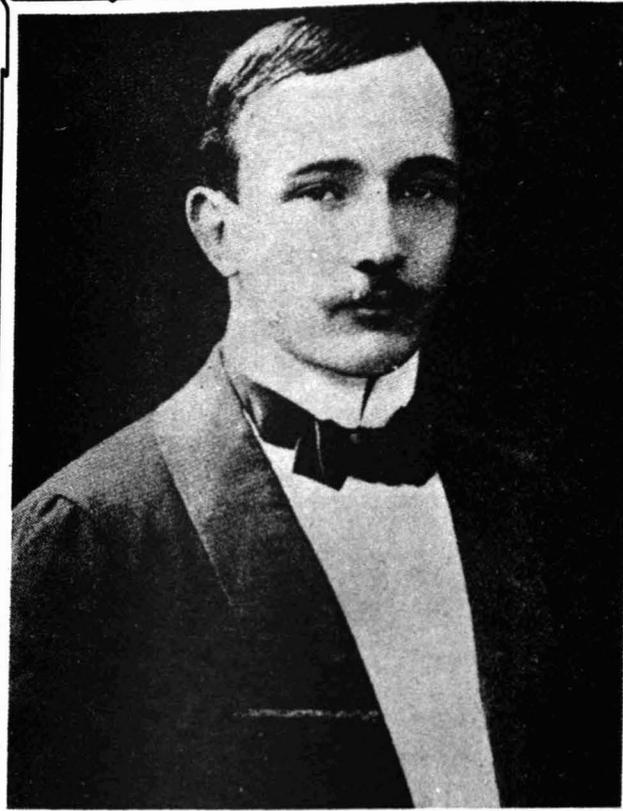
genio, quiere conocerlo y más adelante descubriremos que
incluso liberarlo.

El lado de Moosbrugger ocupa el aspecto que podríamos
llamar sombrío de *El hombre sin cualidades*. El lado luminoso
sería el de la Acción Paralela, aunque al final este lado no
es menos sombrío que el otro en un sentido público en vez
de privado. El origen de la llamada Acción Paralela es muy
significativo. Alemania se prepara a celebrar el aniversario
del mandato del Kaiser Guillermo en, nada menos, que 1918.
En Viena, donde siempre están pendientes de los proyectos
de sus rivales prusianos, se dan cuenta de que en el mismo
año de 1918 su Emperador y Rey Francisco José cumplirá
muchos más de gobernar a los austrohúngaros, por lo cual
de inmediato se disponen a realizar una celebración que debe
ser más importante y en la novela de Musil se llama por eso
la Acción Paralela. Esta acción necesitará una "idea central"
alrededor de la cual realizarse, la idea que definiría a la múl-
tiple y una nación austrohúngara. Por eso, desde 1913, año
en que se inicia también la acción de *El hombre sin cualidades*,
se lanzan audaz y confiadamente a buscarlas.

El conde Leinsdorf es nombrado director de este proyec-
to. Es un viejo amable y conservador con vastas propiedades
rurales en Checoslovaquia. Su amigo el conde Stallbur le ofre-
ce como secretario a un recomendado suyo: Ulrich. Éste acep-
ta no porque le interese el proyecto ni porque crea que puede
realizarse, sino porque no tiene nada que hacer y le divierte
la posibilidad de ver los esfuerzos encaminados a hacerlo po-
sible. La encargada social de la Acción Paralela es una pri-
ma lejana de Ulrich, de extraordinaria belleza, llamada Her-
melinda Tuzzi, casada con un alto empleado del Ministerio
de Relaciones, que ve con casi la misma ironía que Ulrich
el proyecto, pero que sabe que su mujer se aburre y es un
marido comprensivo. En *El hombre sin cualidades* a Hermelin-
da Tuzzi se le llamará, significativamente, Diotima.

Hay una primera reunión en la casa de Diotima para de-
cidir cuál es esa "idea central" que debe propiciar la cele-
bración al tiempo que define a la Imperial y Real Corona Aus-
trohúngara y al Emperador y Rey Francisco José. Como era
de esperarse, se presentan toda clase de proyectos absurdos,
incluso militaristas, pero ninguno puede adoptarse sin des-
cartar a todos los demás y Francisco José es el Emperador
y Rey de la paz. Las reuniones y las sugerencias de temas
recibidos también por correo y que llenan ya el vasto archivo
que Ulrich debe cuidar se multiplican. Interviene hasta un
prusiano, Arnheim, millonario, hombre de letras, pensador,
político y que ve con simpatía el proyecto. Él sería la contra-
partida de Ulrich: un hombre con cualidades y que sabe po-
nerlas en práctica. No en el campo del amor. En ese terreno
es espiritual y naturalmente se enamora de Diotima y natu-
ralmente es espiritualmente correspondido por completo por
esa bella alma que además es una bella mujer.

Las innumerables reuniones en casa de Diotima siguen rea-
lizándose, con el entusiasmo de ella, con la buena voluntad
de Arnheim, bajo la mirada despectiva del Consejero Tuzzi
y la irónica de Ulrich, al que le gusta hasta la seductora sir-
vienta de Diotima, la joven Raquel, que a su vez no puede
evitar que le interese Solimán, el protegido negro de Arnheim.



Robert Musil

Este amor sí terminará en una seducción. En cambio, el de Diotima y Arnheim nunca pasa de ser un amor entre dos bellas almas, aunque en tanto Arnheim se preocupa de sus negocios, obtiene las concesiones necesarias para explotar los yacimientos petroleros de Galizia y el general Stumm von Brodwehr, cuya intrusión como militar fue airadamente rechazada en la primera reunión, que se ha hecho muy amigo de Ulrich durante una visita a casa de éste conoce a Agathe y simpatizan mutuamente, terminará realizando sus propósitos guerreros al conseguir los cañones modernos que el ejército necesita. En cambio, la Acción Paralela nunca logra encontrar la idea unificadora en torno a la cual se realizará la celebración, del mismo modo que, en el terreno de la "historia", esta celebración no es posible porque el resultado de la guerra destruirá a los imperios centrales y el aniversario tanto del Emperador Guillermo como el del Emperador y Rey Francisco José no llegarán nunca. Si el amor entre Diotima y Arnheim no pasa nunca de ser la relación entre "dos bellas almas", Ulrich, que siempre ha despreciado la tontería del alma de su prima Diotima y admirado su belleza, en el capítulo titulado "Garden party", que puede considerarse el verdadero final de la vertiente de la Acción Paralela, cuando las llamas de las antorchas que iluminan el jardín donde se celebra la fiesta manchan de rojo hasta el cielo abierto bajo el que ésta se realiza y al que, siendo una fiesta de disfraces, Diotima asiste vestida de oficial del ejército napoleónico, al final es conducida por Ulrich a su casa. Diotima le confiesa a su primo que él le gusta porque es "malo, muy malo". Ulrich le contesta que eso es cierto y para probarlo, después de desnudarla y antes de tomarla, le pegará con el sable de su disfraz. Diotima acepta y en la entrega a Ulrich encuentra

un placer tan intenso que la traslada a sus años de infancia, cuando en verdad era una "bella alma". Este es el final real de la Acción Paralela, no una idea sublime sino la bajeza de una entrega en la que se encuentra la verdad, pero en la creación de los opuestos y múltiples personajes que de alguna manera intervienen en la Acción Paralela se resucita, en efecto, a través de la novela, una parte de lo que formara a la ciudad de Viena en esos últimos años de la vida histórica de Kakania.

Parte de esa Kakania la forman otras muchas de las figuras que se relacionan con Ulrich. Está su amante en el momento en que reencuentra a Agathe, a la que se llama Bona-dea, que a pesar de sus esfuerzos aparentes por ser virtuosa no puede evitar ser una rigurosa ninfómana. Está el judío Leo Fischel y su hija Gerda, que al final del primer tomo va a la casa de Ulrich, cubierta con un velo, con el propósito de entregársele y sólo logra tener un ataque de histeria en la cama donde grita tanto que Ulrich está cerca de ahogarla con una almohada, y su novio, Hans Sepp, antisemita y con ideas nacionalistas que anticipan al nazismo, quien cometerá suicidio arrojándose a un tren y ante quien, por puro espíritu de contradicción, Ulrich se convertirá en un defensor de la razón discutiendo interminablemente con él. Finalmente, no podemos dejar de tener en cuenta, no obstante que abandonó ese proyecto para redactar uno y otro capítulos sobre los hermanos en su jardín, a la figura de Clarisse, que después de visitar a Moosbrugger en el sanatorio donde está recluso, logrará que se escape, lo llevará a vivir con Raquel, despedida por Diotima porque Solimán la embarazó, con el propósito oculto de que Moosbrugger la sacrifique y con el resultado de que Raquel sabe perfectamente cómo tratar y maltratar a Moosbrugger, convertido ante ella en una suerte de manso marido al que su esposa le prohíbe hasta ir a la taberna y, en cambio, la que se vuelve loca es Clarisse, quien también tiene el delirio de "salvar a la humanidad"; vive, desde su locura, un romance en Venecia con un homosexual al que apodan "El Griego" y termina recluida en un sanatorio donde por la noche la visitan y la usan distintos locos a quienes ella toma por distinguidos personajes de la historia.

En la fraudulenta edición española publicada por Seix Barral todo esto no aparece como tampoco aparece el significativo hecho de que Musil escribió toda una parte de su novela en la que Ulrich se convierte en amante de Clarisse y renunciando a cualquier proyecto razonable, incluso los que harían del lenguaje el medio de comunicación entre los hombres y en el cual también descansa la propia novela de Musil, vive un apasionado romance lleno de señales y signos secretos en la que ellos llaman "la isla de la salud".

De una u otra manera, siguiendo el camino de Agathe o el de las dos vertientes que forman la Acción Paralela y todo lo que Moosbrugger representa, Kakania desaparece hasta en la novela de Musil, de igual modo que desapareció Austro-Hungría dentro de la historia, pero leída no como se ha publicado en español sino siguiendo la suma de fragmentos que forman todas las posibilidades de *El hombre sin cualidades* en tanto novela, en ella Kakania, más allá de la historia, dentro del carácter fantasmagórico del suceder, vivirá para siempre en las páginas de la gran novela de Robert Musil. ◊